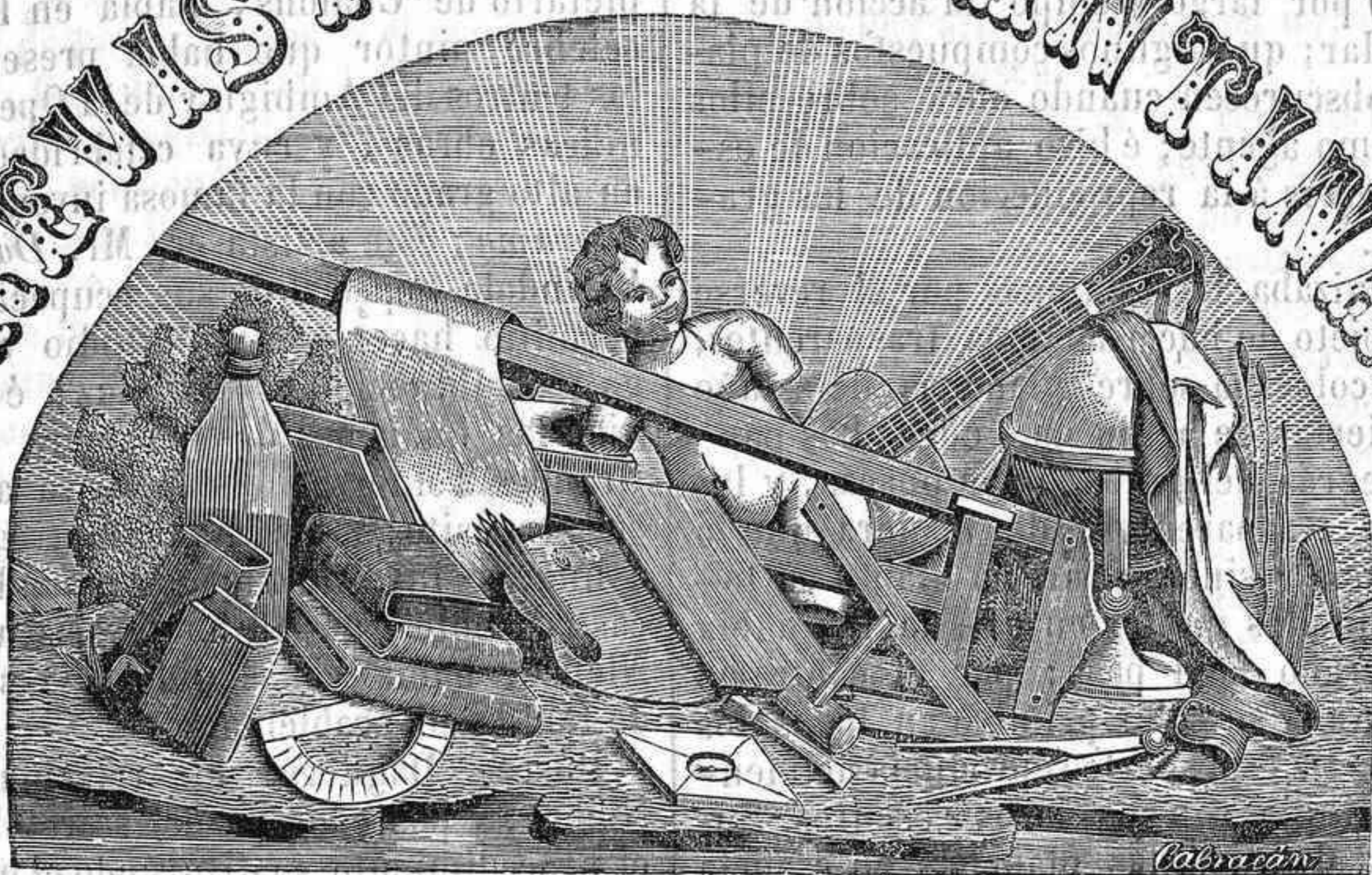


R. 1962

REVISTA SALMANTRANA



Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

ESTUDIOS FOTOGRAFICOS.

DAGUERREOTIPO.

Multiplicar los escritos con extraordinaria rapidez haciendo imperecederos los frutos de la inteligencia, ved ahí el grandioso resultado de la imprenta, arte mágico con que Guttemberg enriqueció á la humanidad. Pero el establecer una imprenta exige costosos materiales y para popularizar los escritos y ponerlos al alcance de todas las fortunas, era menester que una nueva invención viniese á aumentar el largo catálogo de los triunfos del ingenio humano.

Senefelder, hijo de un actor del teatro Real de Munich, despues de infinitas peripecias logró crear á fines del siglo pasado un nuevo arte, la *Litografía*, que con razon puede considerarse como un

bello resumen de los demas métodos de imprimir; pero superior á todos ellos por ser mucho mas económico.

Importado en Francia á principios de este siglo escitó la curiosidad general, y llamó muy especialmente la atencion de los amantes de las bellas artes, consagrándose á hacer ensayos tipográficos gran número de personas.

José Niepce, propietario de Châlons, hizo diferentes pruebas con algunas piedras de un grano muy delicado, que se destinaban al camino de Leon. El resultado de sus trabajos no correspondió á sus deseos, y las reemplazó con láminas pulimentadas de estaño. Entonces fué cuando recibió la feliz inspiracion de *reproducir las imágenes de los objetos exteriores en planchas metálicas por sola la accion de los rayos luminosos*, y entonces fué tambien cuando nació la *Fotografía*, que en nuestros dias ha desenvuelto y perfeccionado M. Luis Daguerre.

Niepce, tenía algunos conocimientos industriales y científicos. Sabía que la sustancia resinosa llamada betun de Judea, pierde su color pardo oscuro y lo adquiere blanco agrisado cuando experimenta por largo tiempo la acción de la luz solar; que algunos compuestos de plata se oscurecen cuando obra sobre ellos el mismo agente; é hizo aplicación de estos hechos á la reproducción de los grabados.

Barnizaba las estampas por el reverso con objeto de hacerlas mas transparentes, y las colocaba sobre planchas de estaño recubiertas de betun de Judea. Las partes negras del grabado son opacas, y las demas transparentes; de manera que la sustancia resinosa aparecía blanca en todos aquellos puntos en que la luz habia encontrado fácil paso; por el contrario conservaba su color primivo en todos los demas. De esta suerte reproducía fielmente los dibujos con sus claros y oscuros. Sumergía despues las planchas en esencia de espliego, la cual disolvía la parte resinosa alterada por la luz, no ejerciendo acción alguna sobre el resto.

Niepce consiguió por este ingenioso mecanismo reproducir las imágenes, y aun cuando *el problema Fotográfico*, puede decirse, *estaba esencialmente resuelto*, se ofrecían sin embargo dos graves inconvenientes, *la poca estabilidad de las imágenes y la lentitud con que obra el fluido luminoso sobre el betun resinoso*.

Para oviar estas dificultades, hizo uso Niepce de la cámara oscura, en la cual se pintan las imágenes exteriores á la manera que en un ojo artificial. La cámara oscura no consiste en otra cosa que en una caja cerrada por todas partes, que tiene un orificio pequeño destinado á dar paso á la luz. Para hacer la imagen mayor y mas clara, se coloca delante del orificio luminoso una lente convergente.

Empleó posteriormente planchas de cobre plateadas, y consiguió por fin despues de veinte años de improbas tareas, «crear un nuevo ramo de tipografía superior á la litografía y al grabado, en el cual *la luz sola produce directamente sobre una plancha metálica un dibujo, que puesto en*

acción con un ácido deja la plancha en disposición de poderse aplicar á la tipografía.» A este nuevo método de grabar le dió el nombre de *Heliografía*.

Cuando estos trabajos ocupaban al propietario de Chálons, habia en Paris un célebre pintor que habia presentado á los teatros del Ambigu y de la Opera magníficas obras, y cuya celebridad creció en alto grado con la famosa invención del *Diorama*; este artista era Mr. *Daguérre*. La índole especial de sus ocupaciones le permitió hacer prolijo estudio del juego y combinaciones de la luz; é intentó fijar las imágenes de la cámara oscura. Grandes esfuerzos empleó para alcanzar su propósito; y continuaba entregándose á nuevas investigaciones, cuando supo casualmente que un hombre oscuro M. Niepce, habia conseguido la resolución de tan difícil problema.

Púsose *Daguérre* en relaciones con Niepce, y poseedor ya del secreto mejoró el procedimiento sustituyendo el betun de Judea por la resina que se obtiene destilando el aceite esencial de espliego, mucho mas sensible á la acción de la luz solar, y sometiendo las láminas metálicas al vapor de los aceites esenciales á la temperatura ordinaria.

Estas modificaciones eran bien poco notables, pero una rara casualidad puso en manos del hábil artista un poderoso y nuevo agente fotográfico. Habia colocado *Daguérre* inadvertidamente una cuchara sobre una lámina de plata iodurada, y observó con gran sorpresa que su imagen habia quedado grabada bajo sola la influencia de la luz solar.

Cuando esto sucedía pagaba M. Niepce á la naturaleza el triste tributo que todos la debemos, y el autor de tan interesante descubrimiento, exclamaremos con un escritor contemporáneo, bajó á la tumba pobre é ignorado y sin llevar la satisfacción de ver realizado su completo triunfo!

El sábio astrónomo M. Arago, fué encargado por Mr. *Daguérre* de comunicar á la *Academia de ciencias de Paris* este descubrimiento, y el 7 de Enero de 1839 cumplió su encargo. Pocos dias despues la trompeta de la fama habia hecho célebre el

nombre de Daguerre en toda Europa.

Transcurridos seis meses (15 de Junio) presentó el Gobierno á las cámaras un proyecto de ley pidiendo una *recompensa nacional* para los autores del descubrimiento. Arago apoyó la demanda en la cámara de los diputados, y el célebre químico M. Gay-Lussac en la de los Pares: los cuerpos colegisladores concedieron en efecto una pensión vitalicia de 6,000 francos á Mr. Luis Daguerre, y otra de 4,000 á Mr. Niepce (hijo).

El arte Daguerriense, se ha esparcido extraordinariamente en la actualidad, y no creemos inoportuno dar á conocer á nuestros lectores el procedimiento de Mr. Daguerre y las mejoras que en él se han hecho.

Para hacer retratos por el procedimiento de Mr. Daguerre se necesitan: 1.º planchas de plaqué ó de cobre perfectamente pulimentadas y que estén cubiertas por una capa ligera de plata; 2.º iodo; 3.º una cámara oscura; 4.º luz solar é imagen que haya de reproducirse.

Se dá principio á las operaciones fotográficas transformando la plata de las láminas metálicas en ioduro argéntico; lo cual es en extremo fácil de conseguir, porque siendo el iodo un cuerpo halógeno, y como tal muy electro negativo, desde luego se concibe que puesto en contacto con un cuerpo electro positivo, como la plata, se ha de unir directamente para producir una sal haloidea: se espone la plancha metálica á la emanación de los vapores que el iodo desprende á la temperatura ordinaria, en cuyo caso hay producción de ioduro argéntico. Este compuesto es eminentemente sensible á la acción de la luz solar, y por esta razón ha reemplazado con ventajas inmensas á las sustancias resinosas, elevando la fotografía á un grado de perfección extraordinario. Iodurada la plata, que recubre la plancha, se coloca esta en el foco de la cámara oscura y se hace llegar á su superficie la imagen formada por la lente del instrumento. El fluido luminoso no obra con igual intensidad sobre todos los puntos de la plancha metálica y la descomposición del ioduro argéntico es pro-

porcional á la intensidad luminosa. En aquellas partes de la imagen en que la luz ha obrado vivamente, la modificación es profunda, porque el ioduro se descompone completamente; en las medias tintas la descomposición es parcial y por último no hay alteración alguna en las sombras ó partes oscuras.

Hecho esto se tiene ya reproducida la imagen en la plancha, pero aun cuando se observe atentamente no se percibe: para hacerla visible es menester someterla á la influencia del vapor mercurial, en cuyo caso uniéndose el mercurio con la plata del ioduro que se descompuso, constituye los claros del dibujo, permaneciendo oscuras las demás partes en que no se ha verificado la descomposición; de manera que la aparición del retrato fotogénico estriba precisamente en la desigual condensación de los vapores mercuriales.

Es un fenómeno verdaderamente admirable para las personas que presencian por primera vez esta parte de las operaciones fotográficas, dice Mr. Figuier, el ver salir de la nada una imagen de una perfección sin igual, á la manera que si un artista divino la trazase con su invisible pincel.

Parte del ioduro de plata hemos dicho que se descompone, y como el dibujo se ennegrecería espuesto á la luz, es indispensable, para evitar este grave inconveniente, lavar la plancha metálica con una disolución débil de hiposulfito sódico, que tiene la propiedad de disolver el ioduro de plata.

A estas sencillas operaciones está reducido el procedimiento daguerriense, que tiene en su favor dos condiciones de mucho valor; el ser de una *ejecución muy fácil y de un éxito seguro*.

Muchas son las modificaciones que se han introducido, pero todas ellas pueden reducirse á dos clases; unas que tienen por objeto *abreviar el tiempo* que se consume en las operaciones, y otras que se dirigen á *aumentar la perfección y estabilidad de las imágenes*.

Para conseguir lo primero es preciso hacer mayor *la sensibilidad de la capa impresionable*, para lo cual se pone en

contacto el ioduro argéntico con sustancias que se llaman *aceleratrices*; cuyo conocimiento se debe principalmente á MM. Claudet, Fizeau y Gaudin; los agentes químicos que suelen emplearse con este objeto son disoluciones de cloro ó de bromo libres, ó combinadas con el iodo. El bromo es la sustancia aceleratriz que obra con mas energia; segun M. Fizeau el tiempo que se invierte en la esposicion de la camara oscura, haciendo uso de este metaloide, es 1/60 del que se tarda en las circunstancias ordinarias. Para que los retratos salgan mas perfectos y adquieran mayor estabilidad es necesario *fixar las imagenes*, operacion reducida á labar la plancha caliente con una disolucion del hiposulfito doble de oro y de sosa. El oro se deposita sobre la superficie de la imagen; la plata, que constituye el fondo del dibujo, se ennegrece por la capa de oro que la recubre y los globulos de mercurio, que forman los claros, se amalgaman con el oro y aumentan el volúmen, la solidez y el brillo.

La imagen, que se consigue de esta manera, es mas perfecta y de una fijeza extraordinaria.

Bayard y Talbot han introducido en estos últimos tiempos una nueva modificación en la fotografia, que consiste en *sustituir las planchas metálicas por los papeles fotogenicos*, de la cual no nos ocupamos por no hacer mas largo este artículo.

J. JOSÉ VILLAR.

LA GLORIA.

Lejos de mi fantasma peregrino,
sueño que turbas sin cesar mi mente,
grata ilusion que he visto en mi camino
mil veces ¡ay! mecerse refulgente;
lejos, lejos de mí, ya no ambiciona
mi mente el esplendor de tu corona.
Lejos, lejos de mí, bella quimera,
no me persigas con tu pompa vana,
ya se apagó en mi alma la postrera
dulce ilusion de juventud lozana:
es ya mi corazón campo sin flores;
lejos de mí la gloria y los amores.

Tu eres un bello fanal
de mil pintados colores,
eres un campo de flores,
eres mágico cristal
de brillantes resplandores
que alucinan al mortal.

Fuego fátuo que ilumina
al viandante en su camino,
lirio hermoso, peregrino
que con su aroma fascina;
mas que en su tallo divino
se oculta punzante espina.

Eres hermosa vision
de divinas perfecciones,
y al cruzar por tus regiones
perturbas ¡ay! la razon,
y en fuego de las pasiones
enciendes el corazón.

Hubo un tiempo que soñé
con tu corona adornarme
y en entusiasmo abrazarme;
¡era un sueño, bien lo sé!
porque luego al despertarme
sin ilusiones quedé.

Era jóven y la gloria
era para mí un tesoro
mayor que el amor y el oro:
¡sombra mágica, ilusoria,
cual el Dios á quien adoro
ocupabas mi memoria!

Y siempre á tu alcance fui
y siempre te ví correr
como mundano placer;
y sin aliento caí,
y en eterno padecer
insensato me sumí.

¡La gloria! Nombre mágico que inflama
dentro del corazón fuego divino,
flor hermosa que todo lo embalsama
cuando se abre su cáliz purpurino;
pero su aroma aspira solamente
el que fuego de Dios lleva en la frente.

Perla escondida en concha nacarada
del mar undoso en la rizada espuma,
y que al cojerte, por la mar llevada
te ocultas á través de negra bruma,
¡no turbes mi pacífico retiro
pues á tu oriente fulgido no aspiro!

Mil veces en mis sueños juveniles
alhagaste mi ardiente fantasía:
respiraba tu aroma en los pensiles,
en el mar borrascoso te veía;
y en pos de tí cual fiero torbellino
me dejé arrebatado por mi destino.

Yo te busqué en los campos de Belona
al ronco retumbar de cien cañones,
y esperaba ceñirme tu corona

en medio de las bárbaras naciones;
y con delirio ciego y anhelante
huir siempre te vi de mi delante.
Y te busqué también faltó de aliento
en el templo magnífico de Apolo;
las bellezas canté del firmamento,
de un polo con el sol fui al otro polo;
pero tu luz fosfórica, engañosa,
despareció al tocarla vaporosa.

Y siempre ¡ay Dios! de tu esplendor hermoso
anhelaba la aureola mi frente,
y abrazarse en tu fuego delicioso.
sentí mi corazón, senti mi mente,
que aunque de polvo inmunda criatura
tengo un alma inmortal de Dios hechura.

Y la aureola de luz que diste un día
á Moisés, Alejandro y Bonaparte,
fascina sin cesar el alma mía
y alienta el corazón para alcanzarte:
¡deten ¡ay! tu carrera astro divino,
y tiéndeme tu manto purpurino!

Por tí los mares surcaré arrojado,
por tí al Aberno bajaré, sombrío,
por tí á la muerte fiero, denodado,
marchará sin turbarse el pecho mio:
yo ambiciono una página en la historia,
venga la muerte si, pero con gloria.

Mas ¡ay!... lejos de mi bella quimera,
no me persigas con tu pompa vana,
ya se apagó en mi alma la postrera
dulce ilusión de juventud lozana;
es ya mi corazón campo sin flores,
lejos de mi la gloria y los amores.

ANTONIO G. DEL CANTO.

EL ASPÍA,

NOVELA POR FEDERICO SOULIÉ.

(CONCLUSION.)

—Tu! dijo el Marqués esforzándose en
sonreír, pero pálido de terror, tu! débil
muger que desharé de un soplo! y así di-
ciendo se aprocsimó á ella como para mos-
trarla su poder. Fiavilla levantó tranqui-
lamente la mano y le preguntó:

—¿Se necesita mucha fuerza para der-
ramar veneno en una copa?

—Ah! exclamó Faviani, estraviada la
vista, y como herido por un rayo, me
has envenenado?

Fiavilla le miró con indecible despre-
cio y con un tono en que á pesar suyo se
revelaba la desesperación, le dijo.

—¿Olvidais que hace mas de ocho días
á penas se encuentra un poco de pan en

esta casa y que desde mucho antes no me
siento á vuestra mesa?

Al decir estas palabras rompió á llorar
amargamente, mientras Faviani cayó
anonadado en un sofá, porque esta vez
penetró en su corazón un terror verda-
dero cuando el nombre de Spaffa le reveló
lo terrible de sus amenazas. Despues se
levantó, iba y venia por el aposento como
un insensato incapaz de decidirse por
ningun partido, ni de fijar su espíritu en
una idea; por fin se detuvo ante Fiavilla y
la dijo.

—Con qué habeis recibido á Spaffa?

Fiavilla respondió con una señal afir-
mativa.

—Luego es él quien os ha contado esa
historia, él quien me ha acusado, él
quien os ha dado ese veneno?.....

—El es, dijo la Marquesa sollozando.

—Y le habeis recibido? repuso Faviani
irritado, y para qué? Con qué fin le ha-
beis recibido?

—Oye, replicó Fiavilla volviéndose há-
cia su marido y levantando sus hermosos
y suplicantes ojos que brillaban através
de las lagrimas: le he recibido para sal-
varte porque me dijo «tu eres la primera
destinada á esta obra de venganza, des-
pues de ti yo, despues de mi otro, tras él
milo y tu que conoces á Spaffa compren-
des bien que su mensage te traia la muer-
te, una muerte inevitable. Sin embargo le
he aceptado, y le he aceptado para salvar-
te. Ahora es preciso que abandonemos á
París, que partamos al momento, antes de
que amanezca y llegue Spaffa, que deje-
mos esta ciudad maldecida para no volver
á ella y que vayamos á algun país desco-
nocido bajo supuestos nombres, con el
trabajo por todo recurso.

Calló al llegar á este punto porque Fa-
viani, que no la escuchaba desde aquel en
que le refirió la amenaza de Spaffa, vuelto
de su primera sorpresa estaba meditando
en los medios de salvarse.

—Despues de ti él, dijo reflexionan-
do profundamente, despues de él otro,
Oh! yo haré que la suerte de Spaffa haga
espantarse á ese otro; y dichas estas pala-
bras se disponia á salir cuando le detuvo
Fiavilla.

—A donde vas? le preguntó.

—¿Qué te importa? respondió rechá- zándola.

—¿A donde vas? repitió ella resuelta- mente.

—A asegurar mi salvacion, replicó el Marqués.

—Todo está pronto para la fuga, esclamoó Fiavilla. Faviani la miró con desden.

—La fuga; no quiero abandonar á París.

—Pues entonces! donde vas?... ¿Irias, miserable, á denunciar á Spaffa?

—Si no supiera ya que estabas loca, me convenceria ahora de ello. Voy, si, á de- nunciar á Spaffa, á entregar á la Justicia ese foragido, ese miserable, porque él es el verdaderamente miserable.

—¿Con qué es esto todo lo que he obte- nido sacrificándome por ti? porque debes saber que al negarme á obedecer me he hecho cómplice de la traicion y merecedo- ra de la muerte.

—Inútil amenaza de cuyo cumpli- miento nos libraré á ambos una prision.

—¿Con qué no te bastan tantas cabezas como has entregado al verdugo de Nápoles y quieres entregar la de Spaffa al verdugo de París?

—¿Y debo esperar tranquilamente su puñal?

—Pero ya te he dicho que puedes huir.

—Es que no quiero hacerlo.

—Ah! exclamó la Marquesa, al fin te comprendo: quieres quedarte en París para arrastrar tu deshonrada vida á los pies de esa infame cortesana que ha ven- dido por el oro tus secretos.

—Cállate, Fiavilla, exclamó el Marqués.

—Y por qué? Porque me matarias des- pues de salvarte la vida? No tienes valor para hacerlo; lo único que harias seria denunciarme á la policia, ve pues, ve á casa de un magistrado, ó mejor á la de esa abyecta y obscena espia, á la de tu degradante querida.

—Fiavilla, exclamó el Marqués trémulo de ira.

—Si, continuó la Marquesa sin cui- darse del grito de Faviani, esa es la mu- ger cuyo amor tan puro, cuya púdica ter- nura savoreabas santamente, esa la que

te ha encenagado en el lodo y rebajado á su nivel, la que ha entregado la cabeza de tus amigos; pero uno se la ha olvida- do, y fuera injusto que no completaras la lista; ve, ve pronto: sois dignos el uno del otro.

Ah! exclamó Faviani con aire de des- precio, ya adivino lo que significa esta comedia, ¿te ha costado muchas medita- ciones? ¿La has inventado tu sola ó bien te ha ayudado Spaffa? Por cierto que hu- biera sido admirable tu destreza si, cre- yendote, me hubieras hecho huir ahora mismo, sin darme tiempo para verla y llevando la desesperacion de creerla cul- pable: pero te ha faltado la fuerza para sostener tu papel y, vendida por tu odio, me han revelado la verdad tus furiosos insultos. Adios, pues, pobre muger, adios, la Condesa de Palla me espera.

Anonadada y sin fuerza cayó Fiavilla de rodillas ante su marido, que separán- dola bruscamente, salió sin querer escu- char sus gritos ni sus sollozos. Fué en- seguida á casa de la Condesa, que ya adornada, bella como siempre y encanta- dora, le estaba esperando para ir á una reunion, y que al verle pálido y demuda- do le preguntó la causa de su turbacion. El marqués contó todo lo que acababa de pasar, y la Condesa, habiéndole escucha- do silenciosamente, le dijo despues de haber reflexionado largo rato.

—Tal vez no sean esas amenazas mas que un juego convenido; pero no estarán demas las precauciones y conviene por lo tanto que escribais dos palabras al prefec- to de policia, á quien por mi parte voy tambien á dirigirme. Y puesto que me habeis dicho que Spaffa volverá esta no- che, yo me encargo de todo, y esto basta.

Tomó la pluma la Condesa y se puso á escribir mientras tambien lo hacia Favia- ni, y apenas hubo este concluido dió la carta á aquella, que la leyó sin comuni- carle la suya, y salió despues á entregar ambas á un criado. A los pocos momen- tos estaban en casa del embajador.

Conmovido Faviani, á pesar de su de- gradacion, por las violentas esplicaciones de aquella noche, estuvo triste en medio de la universal alegria y sintió pronto

necesidad de huir de aquel tumulto. Encaminose á su casa, subió á su cuarto y llamó, pero nadie fué á abrirle, llamó con mas fuerza y tampoco esta vez le contestaron. La idea de que se hubiera fugado Fiavilla cruzó por su espíritu; volvió á llamar pero se le rompió la esquila; empujó la puerta y al empujar encontró la llave. Sintiose entonces aliviado de un gran remordimiento, porque recordó la brutal manera con que se despidió de su muger, y por primera vez reparó en que no habia tenido piedad de ella. Entró, atravesó muchos salones, llegó por fin al gabinete de Fiavilla y allí se presentó ante su vista un horrible espectáculo. La Marquesa estaba tendida en su cama, al lado de la cama habia una mesa y sobre la mesa un vaso vacío y un pomo. Jaffarino oraba de rodillas á los pies de Fiavilla. El Marqués dió un grito al entrar en la alcoba y exclamó.

—Está muerta!...

—Muerta! dijo Jaffarino.

—Muerta!... repitió Faviani; muerta! muerta!...

—Envenenada, dijo sordamente Jaffarino.

Faviani quedó inmóvil petrificado ante aquel cadáver; solo de cuando en cuando chocaban sus dientes convulsivamente y un sonido ronco salia trabajosamente de su pecho. Al fin rompió á llorar, y aliviado por las lágrimas de la opresion que habia anonadado sus ideas y sus palabras pudo balbucear lentamente.

—Spaffa... ¿Ha venido Spaffa?...

—Si, respondió Jaffarino, y me ha dejado esta carta para entregárosela. Faviani la tomó y aunque no era la letra del terrible Carbonario ni estaba dirigida á él, sino que era letra de la Condesa y dirigida á Spaffa, la abrió sin asombrarse: la leyó á la claridad de la bujia que estaba ardiendo á la cabecera de la cama, y la leyó en alta voz como para entender mejor su sentido.

Hé aqui lo que decia.

«Ahora que todo ha concluido y mi venganza está satisfecha, te acuerdas Spaffa del dia en que me abandonaste y en que despreciando el loco amor que me habias

inspirado consagraste tu corazón á la hija de Pellico que ni aun siquiera se apercibió de tu afecto? Pues aquel dia juré vengarme de ella y de ti. Cierto es que ni tu ni ella estabais á mi alcance, pero tu vivias de su dicha que ella habia cifrado en el amor de otro, y ese fué el que yo busqué para heriros á ambos. Ese es Faviani. Bien sabes, Spaffa, que no se hubiera vendido Octavia á la politica de un ministro, si la politica no hubiera estado de acuerdo con su venganza. Por eso en tanto que dia por dia degradaba al idolo de Italia cumpliendo los designios que la politica me habia impuesto, degradaba tambien para vengarme al idolo de Fiavilla, y veia satisfecha que cada vileza, cada infamia de Faviani hiriendo el corazón de su esposa causaba en el tuyo otra profunda herida. Larga ha sido la lucha; pero hoy ha concluido sellando Faviani el postrer testimonio de su abyeccion al denunciarte. Por mi parte cumplo el ultimo deseo de mi venganza avisándote de ello y salvándote la vida. En cuanto á Faviani le devuelvo á su Fiavilla, á quien puedes decir que ya no se la envidio.»

Esta carta secó las lágrimas de Faviani, secó tambien su garganta y su lengua de tal modo que al acabar de leerla no podia articular una palabra. Quedó asi por un instante anonadado, volviéndose como un loco hácia una y otra parte, erizados los cabellos y pálidos los labios; pero el cadáver de su muger sobre el cual fijó un momento la vista le recordó entonces todo su dolor, y cayó de rodillas cerca de la cama gritando.

—Muerta!... Muerta!...

—Jaffarino, le miró con compasion y le dejó llorar por algun tiempo hasta que se levantó y con feroz expresion exclamó.

—Jaffarino, es Spaffa quien la ha matado?

—El veneno no era para ella.

—Sin duda, repuso Faviani, mas la ha dicho que era para mi.

—Pero ella no lo ha dejado llegar hasta vos, dijo Jaffarino.

—Si, dijo Faviani, ha muerto por salvarme!...

—Ha faltado á su deber.

—Pues bien ya que ha faltado á su deber ¿porque no está aquí Spaffa? el cobarde que la habia dicho despues de vos yo...

—No está aquí porque habia dicho *despues de mi otro*. El otro es Jaffarino: y súbitamente dió á Faviani una puñalada en el corazon.

No se ha vuelto despues á oír hablar de Spaffa ni de Jaffarino; pero habiendo pasado Octavia á Inglaterra, fué presa por la policia y deportada á Botany—Bay á pesar de sus reclamaciones á la embajada de Nápoles: esta la abandonó á la justicia inglesa y á la venganza de Lady Lawton que tambien la debia la muerte de su desgraciado hijo. E.

EL SOL NACIENTE.

ODA

á mi amigo F. M. de L.

Levanta; Oh Sol! tu roja cabellera

De los dorados mares del Oriente,

Estiéndela arrogante

Hasta llegar triunfante

A las remotas cumbres de Occidente.

Al descubrir tu mole soberana

Las blandas auras trémulas palpitan

La tierra inmóvil yerta

Con tu alito despierta,

Y los arroyos límpidos se agitan.

Tu eres sin duda el luminoso faro

Del carro fulgurante del Dios mismo

Contigo inapagable

Recorre inexorable

Los escondidos senos del abismo.

Que es, ó Sol, tu magnífica lumbrera

Iman de enamorados girasoles;

Refleja los cristales

Y en prismas celestiales

Hace brotar divinos arreboles.

Y eres tambien la vida de las flores,

Riges del mundo el eternal camino

Tu augusto movimiento

Será gloria y contento

Para el sagrado númen peregrino.

Con tu sin par espléndida aureola

Llega por fin, Señor, baña mi frente

Y te alzaré mi canto

Que el fuego sacrosanto

Ardiente infunde en la inspirada mente.

TELESFORO GOMEZ RODRIGUEZ.

FESTEJOS PÚBLICOS.

Al referir en el número del jueves pasado las festividades religiosas celebradas por el feliz restablecimiento de S. M., padecimos una equivocacion que ahora rectificamos. La que deciamos que fué costeada por los empleados del Gobierno Civil, lo fué por el Gobierno de la Provincia, Consejo y Diputacion Provincial; y en la reseña de la efectuada el dia 11, olvidamos hacer mencion del Cuerpo de Carabineros.

Hoy, segun tenemos entendido, los estudiantes de esta Universidad solemnizan el mismo fausto suceso, dando una comida á los pobres de la Cárcel, y efectuando algunos otros festejos. Aplaudimos la feliz idea que ha sabido enlazar la adhesion á S. M. con un acto de beneficencia.

Tambien parece que hoy darán principio en Madrid las fiestas Reales, con la salida de la Reina á Atocha. En la plazuela de la Villa una brillante orquesta y numerosas voces, al divisar la regia comitiva, entonarán un bellissimo himno. En la calle de Alcalá se arrojarán infinitas palomas con cintas de colores. Las dos primeras noches de las fiestas se dará en la Plaza de Palacio una gran serenata vocal é instrumental; y el 15, 17 y 19 se realizarán las justas y torneos. Estos prometen ser muy brillantes. Las armaduras de los Caballeros ingleses y cristianos; los trages de los templarios, moros, griegos y escoceses; los arneses de los Caballos; todo es de un gusto y lujo exquisitos. Una dama de elevada clase será nombrada Reina de los torneos. Esta funcion no se ha visto hace mas de siglo y medio.

ADVERTENCIA.

No ha cabido en este número un *apunte biográfico* de Abarca y Bolea, Conde de Aranda, cuyo retrato se publica.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,

Calle de la Rua, número 25.